

**BREVE HISTORIA DE
LOS ÍBEROS**

BREVE HISTORIA DE LOS ÍBEROS

Jesús Bermejo Tirado



Colección: Breve historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los íberos
Autor: © Jesús Bermejo Tirado

Copyright de la 2ª edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-353-6
Primera edición: febrero 2007
Segunda edición: abril 2010

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso, S.A.
Depósito legal:

A mis padres,
las escasas virtudes que poseo
se las debo a ellos.

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	19
CAPÍTULO 1	
El problema de los orígenes	29
CAPÍTULO 2	
El enigma de las lenguas ibéricas	55
CAPÍTULO 3	
Los diferentes pueblos ibéricos	67
CAPÍTULO 4	
¿Cómo veían los antiguos griegos y romanos a los íberos?	97

CAPÍTULO 5	
Reyes, aristócratas y caballeros (¿y esclavos?)	129
CAPÍTULO 6	
El legado monumental	153
CAPÍTULO 7	
La guerra en el mundo ibérico	193
CAPÍTULO 8	
La religión en el mundo ibérico	221
CAPÍTULO 9	
El ocaso de la sociedad ibérica	255
CAPÍTULO 10	
Curiosidades: las andanzas de la arqueología ibérica	271
Epílogo	289
Anexos documentales	295
Tabla cronológica (a.C.)	301
Bibliografía	305
Agradecimientos	351

Prólogo

Un navegante que llegase a las costas de Iberia en el siglo IV a.C. procedente de la Magna Grecia encontraría numerosos refugios, desde Ampurias hasta Cartagena, habituados al tráfico y al comercio de ida y vuelta en el Mediterráneo. En los puertos del levante de la Península, se hablaban con seguridad varias lenguas, entre ellas, el griego que a veces encontramos utilizado para transacciones comerciales, el púnico que traían los navegantes de Cartago y las lenguas indígenas que se acostumbraron a convivir y que también encontramos en los plomos ibéricos, algunos identificados como inventarios o cuentas de carácter comercial.

En los centros levantinos también sería habitual la estampa exótica de barcos extranjeros, de vestimentas, de modas y de multitud de elementos diferenciadores de las culturas mediterráneas. Pero también serían habituales los rasgos propios y diferenciadores de los pueblos indígenas que se acostumbraron desde muy antiguo a ese contacto comercial y marítimo.

Es por esta vía de la comunicación por mar como debemos explicar gran parte de los rasgos que diferencian lo que genéricamente llamamos mundo ibérico. El Valle del Ebro se convierte en un territorio estrechamente en contacto con los pueblos del exterior y las influencias arribadas a la costa. Lo mismo ocurre con otros ríos por los que remontan las influencias externas, como son el Júcar, el Turia y el Segura. Quizá cada uno de los territorios que forman la cuenca de los ríos y los tramos de costa que los separan adquieren rasgos y personalidad. La arqueología, cuando los estudia, revela una amplia gama de matices pero un cierto denominador común en el que, en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era se percibe un cierto predominio de la influencia helenizante que se había extendido por prácticamente todo el Mediterráneo desde la muerte de Alejandro.

Arribando al muelle de Cartagena y adentrándose al interior por el *Campus Espartarius* y las zonas montañosas que lindan con la Alta An-

dalucía, se encontró el camino terrestre para descender, Guadalquivir abajo, hacia otro gran valle fluvial ocupado desde fechas igualmente antiguas y donde las fuentes situaban un país de riquezas agrícolas, ganaderas y metalúrgicas. El valle del Guadalquivir es la arteria principal de la Turdetania y en su desembocadura varias ciudades, situadas en lugares abrigados para servir de refugio a los navegantes, llegaron a alcanzar una gran prosperidad.

El puerto más cosmopolita del Atlántico fue, durante estos siglos inmediatamente anteriores al cambio de era, la fenicia Gades. Desde allí se navegó por la costa norteafricana y por la costa occidental atlántica de la Península, hasta las fuentes del estaño. Llegar a Gades por tierra era tomar contacto con el gran puerto del Océano. La ruta terrestre que recorría todo levante y penetraba por el Guadalquivir hasta su desembocadura fue conocida en la antigüedad y estuvo rodeada por la aureola del mito y la leyenda, al situarse en ella el camino recorrido por Hércules para ir a Tartessos con el fin de robarle su codiciada manada de bueyes al rey Gerión.

También al Océano se podía llegar, y de hecho se había llegado igual que a la costa levantina, por vía marítima. La difícil y arriesgada travesía del Estrecho se veía recompensada con la acogida de establecimientos como el situado en el Castillo de Doña Blanca, Asta Regia, Caura,

algo más arriba o navegando un día más hacia occidente el emplazamiento de Onuba, en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, en cualquiera de estos puertos los navegantes orientales podían intercambiar sus productos, sobretodo por metales.

Los dos mundos descritos tienen unos rasgos diferenciadores que en gran medida son la consecuencia de sus propias raíces culturales y los estímulos externos que llegaron procedentes del Mediterráneo griego y del Mediterráneo púnico, hoy distinguimos los pueblos ibéricos del levante con sus ritos, sus ciudades y sus manifestaciones religiosas de los de la Turdetania, más apegada a las tradiciones de la época orientalizante, que a veces nos da la impresión de que perdura hasta fechas muy avanzadas.

Iberia era ese mundo que se había acostumbrado y había recibido influencias múltiples de sus relaciones con los pueblos mediterráneos, pero la península ibérica que nosotros concebimos hoy albergaba otros pueblos cuyos rasgos culturales estaban más cerca de las tradiciones europeas y atlánticas de la edad del hierro, el contacto con ellos fue menor y las consecuencias, una clara diferenciación entre levante y occidente en las culturas de la península. Tan solo cuando, dos siglos después de haber pisado los romanos el suelo hispano, Augusto decide

ocupar la totalidad del territorio peninsular, se inicia una política que va a llevar en cierto modo a la unificación cultural, aunque el proceso durará también algunos siglos.

Es difícil centrar, por tanto, lo que se puede definir como mundo ibérico, pero intentando ser rigurosos habría que referirse en un primer término a los pueblos de la costa y valles del levante y de una manera secundaria al territorio también difícilmente definible en términos geográficos de lo que se llamó la Turdetania. Por ello este libro tiene el valor de dar al lector que quiera iniciarse en los pueblos indígenas una visión en la que se abordan de manera muy amplia casi todos los puntos de vista con que ha sido tratado el tema hasta ahora.

En los últimos años ha habido distintas corrientes a la hora de estudiar, con documentación arqueológica, un pasado que en este caso se remonta a casi veinticinco siglos, por una parte las fuentes antiguas nos hablan de pueblos a los que ponen nombres y de los que nos describen elementos diferenciadores de índole diversa. Por otro lado la arqueología ve esas diferencias en la cultura material, es decir, diferencia rasgos culturales. Esto ha dado lugar a que a veces las escuelas se hayan enfrentado incluso con el componente añadido de los planteamientos ideológicos que condicionan las explicaciones históricas. El autor no ha eludido abordar estas

cuestiones y quizá por su juventud y por lo que con seguridad continuará desarrollando en otras obras en el futuro, debamos ver en este libro el anuncio de una nueva forma de enfocar la arqueología de los pueblos ibéricos. Sin duda ha tocado temas polémicos y en ocasiones ha dado su propio punto de vista, pero no ha ocultado advertir al lector cuando se encuentra ante un tema que aún hoy es objeto de debate.

La arqueología ibérica, en el estado en el que hoy la entendemos, es en gran medida una aportación al conocimiento de la antigüedad hecho casi en exclusiva en el siglo XX. Se puede decir que la primera gran figura que sistematiza lo que hasta entonces podía decirse fue Bosch Gimpera. Pero a lo largo del siglo se han ido haciendo descubrimientos y aportaciones realmente espectaculares. Desde la Dama de Elche, cuyo hallazgo fue muy en las postrimerías del XIX, hasta el descubrimiento de los espectaculares grupos escultóricos de Porcuna, hay un largo recorrido en el que se han ido incorporando piezas esenciales para el entendimiento del mundo ibérico y del mundo turdetano. Es presumible que a lo largo del siglo XXI la arqueología haga nuevas y espectaculares aportaciones. Es también presumible que la investigación arqueológica lea cada vez con mayor precisión los documentos arqueológicos que hoy tenemos a mano y los que se tendrán en

el futuro. El inicio de este nuevo recorrido le corresponde a las jóvenes generaciones, excelentemente formadas, que están comenzando ahora a replantearse con nuevos estudios lo que hasta ahora se había dicho del mundo ibérico. Uno de estos investigadores es Jesús Bermejo Tirado, que desde hace años viene observando con gran agudeza y profusión de datos los numerosos elementos de raíz mediterránea que pueden identificarse en el mundo cultural ibérico. El tema fue tratado desde esta óptica por otros autores, pero la novedad de este libro es la síntesis que hace de los últimos descubrimientos y los debates históricos a que nos han llevado. Su lectura es fácil y está pensado, sin prescindir del rigor metodológico de un arqueólogo minucioso, para hacer comprensible a un lector culto el estado en el que se encuentra hoy el conocimiento de un aspecto considerado esencial en nuestro pasado histórico.

José María Luzón Nogué
Catedrático de Arqueología de la
Universidad Complutense
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
9 de Enero de 2007

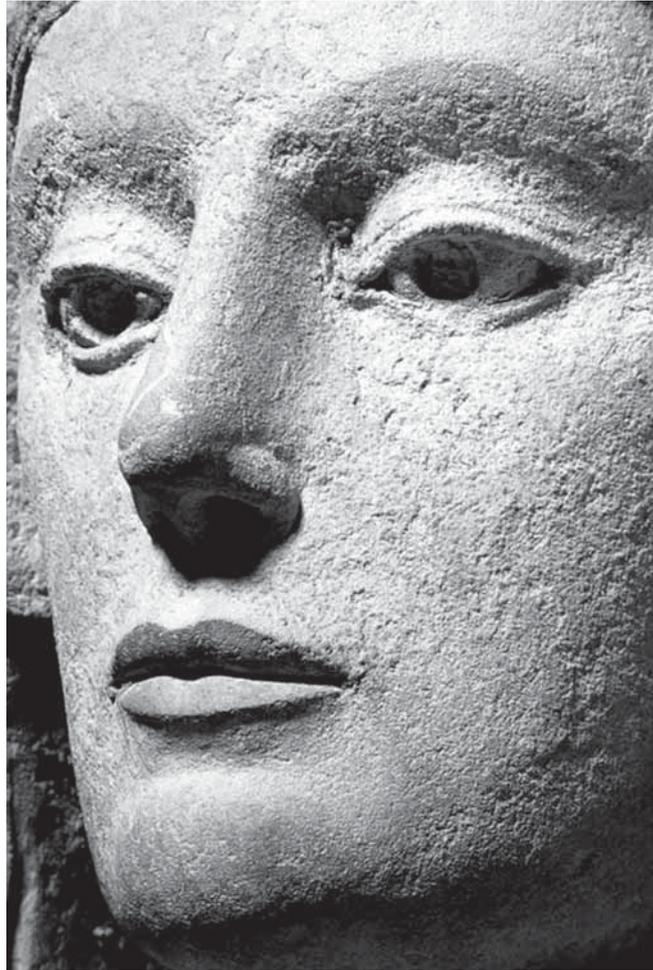
Introducción

En los primeros párrafos de su obra sobre el arte ibérico¹, el arqueólogo catalán Miquel Tarradell indicaba que la cultura ibérica, una de las sociedades con más personalidad del Mediterráneo occidental de nuestra antigüedad, era una completa desconocida, salvo en una serie de fórmulas escolares, para la mayoría de los españoles, incluso para los que poseían una amplia formación intelectual. Hoy, cuando han transcurrido más de treinta años desde que la obra saliera a la luz, los notables avances acontecidos en el conocimiento de esta etapa de nuestro pasado prerromano no se han traducido en un avance tan

¹ Publicado en la década de los años setenta.

significativo en cuanto a su difusión a un sector amplio de la sociedad. Lamentablemente, y aunque caigamos en un cierto pesimismo, la situación ha cambiado muy poco con respecto a lo descrito por el Dr. Tarradell, el español (o por extensión el iberoamericano) medio tiene una vaga noción del iberismo, y cuando la tiene está teñida de ciertas imágenes cargadas de connotaciones o tópicos, como la Dama de Elche, Picasso o la tauromaquia.

Esta obra va dirigida a cubrir algunos de estos huecos del imaginario culto que tenemos en común aquellos que compartimos un tronco cultural, el latinoamericano, y a aquellos que, asomándose desde fuera de él, tengan curiosidad por conocer nuestra prehistoria reciente. El conocimiento del mundo ibérico servirá sin duda para el enriquecimiento mutuo y para la valoración de los yacimientos arqueológicos, sobre todo en un momento en el que cada día sufren el expolio continuo debido a gentes ajenas a la verdadera sensibilidad cultural que pertenecen a todos los ámbitos de nuestra sociedad. El único antídoto que existe contra la amenaza constante de nuestro patrimonio cultural es el conocimiento, la educación, la creación de una conciencia personal generalizada sobre la necesidad de estudiar y conservar el pasado arqueológico. Porque el patrimonio histórico, incluido el arqueológico, es un bien público, es decir, nos pertenece a todos por igual y



Detalle del rostro de la Dama de Elche. Se puede apreciar la maestría del trabajo del escultor.
Museo Arqueológico Nacional.

todos tenemos la misma obligación de protegerlo y el mismo derecho a disfrutarlo, la mejor manera de valorarlo es conociéndolo. Por mucho que nos empeñemos en la adecuada gestión de la arqueología en su vertiente administrativa, tendencia que en la actualidad se extiende de manera preocupante por ámbitos que hace tan solo algunos años parecían innegociables, el fomento de su estudio es la mejor manera de protección de un bien cultural.

Para conseguir este fin, el alejamiento, paciente y constante, entre la disciplina arqueológica y el gran público deberá ser salvado de forma que se pueda integrar nuestra actividad en el ámbito social y educativo de la vida cotidiana de la ciudadanía actual. En un tiempo como el que vivimos, marcado irremisiblemente por los avances sociales y tecnológicos, estamos sin embargo en un estado embrionario en cuanto al desarrollo de instrumentos adecuados que permitan a aquellos que se encuentran fuera de una minoría selecta, el uso y disfrute del patrimonio arqueológico de aquellos que no quieren, o que no puedan, dedicarse de manera profesional a la investigación y conservación del mismo. En este sentido, el ejemplo de aquellos arqueólogos, mal llamados aficionados, que se sumergen de manera académicamente intachable en el estudio de las culturas de nuestra antigüedad debe servir de estímulo a aquellos que “solo” nos dedicamos a la arqueología de manera profesional. En realidad

esta forma de pensamiento arqueológico no hace sino recoger una línea de trabajo iniciada en España durante los inicios del siglo XX por una generación de eruditos y arqueólogos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza a los que queremos recordar con nuestras palabras.

Quien espere de este libro un relato novelado de la historia de estas gentes —convertido en una sucesión de batallas y personajes hasta la conclusión de un proceso perfectamente acotado en el tiempo— va a encontrar algo diferente. Esta visión del pasado, entendiéndolo por ello una simple sucesión de acontecimientos, no tiene mucho que ver con el quehacer cotidiano de los arqueólogos. El lector debe hacer el esfuerzo de tener paciencia pues la intención del autor no es otra que la de ofrecer una visión lo más completa y amena posible de las antiguas comunidades ibéricas en diversos aspectos. La claridad y el deleite han sido nuestras guías a la hora de componer este trabajo, espero que el lector disfrute al leerlo tanto como hemos disfrutado al escribirlo.

Siguiendo estos principios, vamos a prescindir de complejas tipologías, contextos estratigráficos y demás abigarradas referencias científicas, tediosas pero imprescindibles para la práctica de la investigación arqueológica, para quedarnos con lo más interesante: los elementos culturales interpretados de una manera divulgativa con el objeto de hacer más atractivo nuestro

discurso. El avezado lector deberá estar asimismo tranquilo ya que esto no va a significar en ningún caso la invención de hechos, lugares o materiales que se sustentarán desde una amplia batería de recursos documentales. La bibliografía que adjuntamos al final de la obra será excelente garantía de algunos de los términos a los que haremos referencia.

El texto se encuentra estructurado en torno a diversos aspectos generales de la sociedad que vamos a estudiar, también hablaremos de aquellos aspectos en los que tradicionalmente se articula el trabajo del arqueólogo, intentando que, por medio de una mezcla de precisión y pedagogía, los elementos con los que los arqueólogos estamos familiarizados sean explicados desde el punto de vista de los que no tienen esa familiaridad. Si conseguimos o no ese objetivo es algo que debe ser juzgado por cada uno de los lectores. El autor, por su parte, solo pretendía introducir a aquellos que se acerquen al libro en el estudio de la arqueología ibérica para intentar sacar este maravilloso mundo del destierro en lo exclusivamente académico a que esta condenado desde hace décadas.

Las referencias geográficas serán una constante a lo largo del texto. Lamentablemente la lógica del espacio nos ha impedido dar una información mucho más precisa sobre su ubicación, pues en caso contrario nos extenderíamos

en exceso. Esto no debe ser impedimento para que aquellos que quieran visitar en vivo estos sitios, museos y yacimientos, puedan recordar o ampliar lo aprendido de esas comunidades. Ese ha sido el criterio desde el que hemos incluido la mayoría de referencias geográficas, el ofrecer un grupo de lugares al que poder acercarse a hacer una visita. Muchos de ellos, por su vinculación mediterránea, se encuentran cerca de puntos especialmente frecuentados durante los periodos de vacaciones. Su desconocimiento provoca en muchos casos la escasa afluencia de visitantes que padecen la mayoría de los yacimientos españoles. Un mayor número de visitas supondría un refuerzo en la obligación de conservar e investigar nuestro patrimonio arqueológico. Hasta que este deseo se cumpla, el visitante de lugares arqueológicos se enfrentará al abandono casi generalizado de una multitud de yacimientos muy interesantes. Tenemos conciencia personal de las dificultades con las que habitualmente tropiezan aquellos que quieren disfrutar de estos lugares. Debemos por tanto advertir al turista arqueológico que es necesaria una buena dosis de paciencia para la realización de esta actividad. Pero, en cierto modo, este tipo de penurias dotan al aficionado a la arqueología prehistórica y clásica de una cierta pátina de romanticismo.

La historia de los estudios ibéricos está salpicada por la ideología política de muchos de los que han sido sus protagonistas. La evolución del pensamiento político en nuestra historia contemporánea, y el triunfo de determinadas concepciones sobre otras, ha provocado que el mundo ibérico haya sido utilizado como paradigma de la unidad y el sentimiento nacionalista hispano, durante los años del régimen franquista, o como referente de una identidad autonómica, a partir de la llegada de la democracia en España. Pese a que pueda parecer lo contrario, los arqueólogos nunca hemos sido asépticos políticamente hablando, reflexionar sobre unas posturas y otras es un ejercicio muy saludable intelectualmente hablando. Este debate, que todavía sigue muy vivo, exige un tratamiento mucho más amplio del que podríamos haberle proporcionado en estas páginas que siguen a continuación, tal vez próximos trabajos sirvan de soporte para nuestras consideraciones sobre las conexiones de la arqueología y la política. Quizá el periódico retorno a este tipo de cuestiones sea la única manera de mantener una actitud crítica frente a la instrumentalización de la arqueología ibérica con fines políticos e ideológicos.

Somos conscientes de que el esfuerzo de síntesis que nos exige una obra de estas características ha provocado que sean muchos los elementos que queden en el tintero, sin embargo,

en algunas ocasiones merece la pena dar primacía a la visión de conjunto sobre los aspectos específicos. La bibliografía sobre esta materia adolece de tener muy pocos libros que aborden el tema de manera general aunque, cuando lo han hecho, en algunos casos se han convertido en auténticos clásicos de la literatura arqueológica española. Estas carencias seguramente son debidas a la rapidez con que se contrastan y desechan numerosas hipótesis sobre nuestra prehistoria reciente. En la actualidad, tan solo con la revisión continuada de las sucesivas monográficas y revistas científicas podremos obtener una visión aproximada de lo que ocurre en la investigación arqueológica contemporánea. El volumen de publicaciones y de estudios ha crecido tanto en los últimos años que solo es posible estar realmente al día en determinadas áreas específicas. Este libro no pretende un objetivo tan ambicioso, solo intenta ofrecer un cuadro general de un fenómeno de vital importancia para la comprensión del devenir histórico de la península ibérica. Estos *Príncipes de Occidente*, según reza el título de la reciente exposición de 1998 con sede en Barcelona, París y Bonn, crearon un arte, una sociedad. En definitiva, una cultura que debe ser definida y estudiada de manera adecuada para poder aproximarnos de una manera más profunda a nuestro patrimonio histórico común.